



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

A

El Caballo de Troya

Autor:

Griffero, María Celina

Revista:

Anales de Historia Antigua y Medieval

1982, 23, pag. 319 - 325



Artículo



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL
Repositorio Institucional de la Facultad
de Filosofía y Letras, UBA

EL CABALLO DE TROYA

p o r

María Celina Griffiero

Universidad de Buenos Aires

Hay al comenzar el libro II (1) de La Eneida un singular episodio que cuenta Eneas: el del caballo de madera que han construido los griegos por el arte de la diosa Palas, un gigantesco caballo de madera cuyos flancos forman tablas de abeto bien ajustadas. Abandonado yace sobre la costa troyana. Ha corrido la voz de que por él se puede obtener como voto un feliz retorno a la patria. Sus profundas cavidades y el vientre están repletos de guerreros armados.

Frente a Troya, en la desértica playa de la isla de Tenedo, se ocultaban los griegos. Los troyanos los creían regresando a Micenas. Abren las puertas de Troya, después de la larga lucha. Todos se sorprenden ante la mole "instar montis equom" (v.15), ofrenda a la virginal Minerva. Timeetes fue el primero en aconsejar su introducción en la ciudad. Sólo Laocoonte, el sacerdote de Neptuno, se opone. Pastores troyanos aparecen llevando ante Príamo a un joven desconocido, de origen argivo, que para aclarar su situación introduce un extenso relato. Su padre lo había enviado junto a Palamedes, pariente cercano, para ejercitarse en la carrera de las armas. Muerto Palamedes, por intriga de Ulises, el joven Sinón, que así se llama,

vive una oscura existencia, aunque ha jurado vengarse.

Los griegos no iban a obtener un buen retorno, si no sacrificaban a uno de los suyos, según vaticinó Calcas embaucado por Ulises. Sinón fue el elegido. Llegado el momento rompió las ataduras y escapó. Por orden de Príamo se le quitan las esposas y se le ofrece hospitalidad (2).

El rey de Troya desea saber qué objeto tenía la gigantesca construcción. Las fuerzas de los griegos estaban disminuídas desde que habían sustraído del templo "fatale adgressi sacrato auellere templo" (165). La efígie fue labrada para reemplazar al Paladium. Tan grande era como para que los troyanos no pudieran tocar los dones de Minerva, dado que un inmenso desastre los alcanzaría. Mientras los griegos esperan, confían en que por su tamaño no podría atravesar las puertas de Troya. De lo contrario Asia resultaría vencedora y dominaría el Peloponeso. Las palabras del fugitivo reciben crédito de los troyanos. Como prueba se produce el episodio de Laoconte: Dos serpientes atacan a sus dos hijos, porque él quería ultrajar con su lanza la sagrada imagen de madera.

Los troyanos ceden. Preparan la ciudad para recibir al caballo. Ponen ruedas y con fuertes maromas lo arrastran. Niños y doncellas lo reciben con cánticos. Cuatro veces la máquina en el dintel de la puerta se detuvo.

Cassandra, la agorera hija de Príamo, vaticinó desgracias.

Finalmente el letargo domina a los troyanos. Eneas duerme (v. 268 y ss.). La sombra de Héctor ensangrentada confirma los presagios de su hermana. Despierta. La ciudad ha sido tomada.

Helena había encendido una hoguera para dar la señal a los argivos detenidos, en la vecina Ténedo (3), que navegan por la costa para ayudar a sus compatriotas. Sinón ha abierto a los griegos que yacían en el vientre del coloso. Así descolgándose por una maroma salen los caudillos Tesandro y Esténclo, Ulises, Acamante, Toas y Neoptólemo, invaden la ciudad y matan a los centinelas, abren las puertas y entran las huestes. También en-

tran Macaon, Menelao y el inventor del "doli" Epeo (v. 264). El caballo echaba desde sus cavidades torrentes de guerreros (v. 329).

Eneas al despertar sobresaltado, desde lo alto de la terraza del palacio de su padre Anquises, vio cómo el enemigo había ocupado la ciudad, que se derrumbaba. Conoció la traición de los dánaos. También habían caído dominados por las llamas el gran palacio de Deífobo y otros. Cuando entre sueños había hablado con Héctor, el héroe sólo atinó a recomendarle que huyera.

Virgilio ubica el episodio del caballo de Troya en el libro 11 de La Eneida (vv. 1-329). En el relato se intercalan dos conexos: el de Laocoonte y el de Sinón (vv. 40 y ss.).

La historia del caballo de Troya aparece en los Poemas homéricos (4) como la primera referencia al caballo de madera que la diosa Palas Atenea construyó con Epeo y que Ulises introdujo con los destructores en la ciudad. Ulises pide a Demódoco que la cuente completa (5). El aedo preludió al impulso del dios que lo protegía. La escena comenzó después que los argivos, que habían incendiado las tiendas, partieron en las naves. Pero los jefes estaban ocultos junto a Ulises en el caballo que los troyanos arrastran a la acrópolis. Los troyanos discutían: unos querían reventarlo con una armadura de bronce; otros precipitarlo; los terceros, en fin, conservarlo como ofrenda a los dioses.

El aedo cantó el momento en que los argivos abandonan el vientre del coloso y salen para destruir la acrópolis. Ulises y Menelao van al palacio de Deífobo. Se producen escenas que provocan hasta las lágrimas de Ulises (VIII, 531).

Menelao recuerda la actitud de Helena en el episodio (6). Los dos jefes argivos sentados en el caballo la ven. Algún dios la guiaba para procurar la gloria de los troyanos. La seguía Deífobo. La esposa de Menelao dos o tres veces giró en torno a la máquina. Llamaba a los jefes dánaos por su

nombre imitando las voces de sus esposas. Los guerreros no se podían contener. Ulises lo logró. Todos permanecieron en sus lugares excepto Anticles para quien Ulises debió recurrir a sus robustas manos.

De Sinón habla la Odisea (XI, 85); es primo de Ulises por ser hijo de Éximo, hermano de Anticles, madre de Ulises. El es el encargado de convencer a los troyanos para que permitan la entrada del caballo en la ciudad.

La flota ha zarpado y quedó oculta detrás de la isla Ténedo. Sinón quedó en tierra y fue hecho prisionero por unos pastores. La muchedumbre pide su muerte, pero gana a Príamo al contar que Ulises lo persigue. Le hace creer que es pariente de Palamedes y fue elegido por el adivino Calcas como víctima para aplacar a los dioses. Cuenta que se ha escapado mientras los griegos van a zarpar. El caballo, según Calcas, es ofrenda de Ulises a Palas para suplir el Paladio (7) de Troya, estatua de la diosa con propiedades mágicas. La reparación está en rendir culto al caballo que reemplaza a la estatua. Para entrar el coloso los troyanos deben destruir las murallas de su ciudad (8). El adivino ha profetizado que de ellos será el triunfo si le rinden honores.

En esta parte se intercala el mito de Laocoonte. Poetas como Sófocles registran como temas de sus tragedias conservadas fragmentariamente Sinón y Laocoonte. (9).

El tema tampoco fue ajeno a los poetas Livio Andrónico, del que se conserva el título de la tragedia Equus troianus y Nevio con un verso que registra Macrobio en Saturnales (VI, 1, 38) (10).

Macrobio en la obra citada (V. 2, 4,5) hace descansar el peso del desastre de Troya en Sinón (11), introductor del caballo de madera. Sostiene que la versión dada por Virgilio en el libro 11 de La Eneida era una transcripción casi literal de Pisandro destacado poeta rodio del siglo VII a.C. Sus historias salen de la boda de Júpiter y Juno para llegar hasta su época. En estos relatos concedía especial importancia al sitio de Troya.

Laocoonte, hijo de Capis o de Antenor, fue sacerdote de Apolo Timbreo en Troya. De Antiope tuvo a Etrón y Melanto o Antifante y Timbreo. La unión con la que llegó a ser su esposa ocurrió ante la estatua del dios, lo que le atrajo la cólera divina.

Al producirse el desembarco en Troya, los ciudadanos lapidaron al sacerdote de Poseidón porque no había obtenido la protección del divina para impedirlo (Virg. Eneid. ll, 199 y Serv. v. 201). Cuando los griegos simulaban retirarse de la costa, pero dejaron el caballo de madera, Laocoonte recibió como encargo la misión de sacrificar al dios e impetrar por el mal retorno de los griegos. En el momento de la ofrenda, dos descomunales serpientes se enroscaron en sus hijos y también asfixiaron a Laocoonte. Las serpientes, Porce y Caribeas, que habían salido del mar, terminaron por enroscarse en la estatua de Atenea.

Los troyanos interpretaron que era un castigo de la divinidad a Laocoonte por su oposición a que el caballo fuera introducido en la ciudad, aunque Apolo le había hecho pagar por la profanación de su templo (12).

El caballo de madera con el que los aqueos burlan las murallas de Troya relatado por Virgilio en el libro ll de La Eneida integra el episodio de Sinón que logra introducirlo con la aprobación de Priamo y los incidentales de Laocoonte, separado en dos partes por el episodio de Sinón y el de Helena.

La escena en sí es muy simple y de una "puerilidad que pierde su intrascendencia al cargarse de contenido psíquico y simbólico-cultural" como sostiene Eugenio Hernández Vista (13).

Para este singular episodio la temática virgiliana partió de la fuente homérica (14) y encontró detalles que fueron sumándose, entre otros, en el Ciclo Épico, para perfilarlo mejor a través del tiempo.

NOTAS

- (1) Vv. 162-267.
- (2) Para Eugenio Hernández Vista "la entrega estúpida de Príamo ante Sinón...convirtieron a Príamo en máximo responsable del desastre" y su muerte tiene sentido de justicia de expiación. Así lo ve al considerar esta unidad de significación que comprende tres partes: I.- Introducción: desesperación y nostalgia; II.- Irrupción de Pirro: brutalidad e indefensión; III.- La expiación: la muerte de Príamo. La primera parte se subdivide en tres: a) La lucha sin esperanza (438-452); b) La nostalgia (453-459); c) El último bastión (460-468). V. La introducción del episodio de la muerte de Príamo: estudio estilístico en Estudios Clásicos. Homenaje a Virgilio, Madrid, Nº 38, 1963, pp. 120-136).
- (3) Todo ocurre en el silencio de la noche, según relata Eneas a Dido (vv. 237 y ss.) en contra del libro V l, v. 511 y ss. Deffobo, segundo esposo de Helena, la culpa, en su relato a Eneas, de conducir el coro orgiástico de frigias blandiendo la tea con la que llamaba a los enemigos. En ambos relatos es igualmente culpable, aún cuando son contradictorios. El responsable de la incongruencia sería el mismo Virgilio por no haber revisado el poema (Schilling R., Tradición e innovación en el canto VI de la Eneida de Virgilio, pp. 130 y ss. en Virgilio en el bimilenario de su muerte, Bauzá H.F. recopilador, ed. Parthenope, Buenos Aires, 1982). Con todo, el episodio de Helena es un engranaje de la fábula que recibe y transmite el movimiento de la narración (Conte G. Biaggio, L'episodio di Elena nel secondo c. dell'Eneide. Modelli strutturali e critica dell'autenticità en Rivista di Istruzione Classica, Torino, Loescher, 1978, vol. 106, fas. 1, p.56).
- (4) Odisea, libros VIII y IV, mencionada como algo conocido.
- (5) En el canto VIII a partir del verso 499 comienzan las interpolaciones que oscurecen el texto y empañan la gloria de Ulises (Bérrard V., L'Odyssée, Budé, París, 1946, t. II, p. 20-1).
- (6) Cf. en Virgilio, Eneid. VI, 511 y ss. La actitud de Helena en favor de los enemigos.
- (7) V. la historia en Apol. Bibl. III, 12, 3; Clem. de Alej. Prot. IV, 47.
- (8) Para producir la entrada de la máquina los habitantes de Troya han abierto una brecha en los sagrados muros. Cuatro veces choca el coloso con el umbral y cuatro veces vacila y sale de su vientre un ruido de armas (Eneid. II, 242-3) y finalmente da un salto. Los dioses ofendidos decidieron no proteger más a Troya. El sentido más profundo de la leyenda escapa, aun cuando de una manera muy especial Virgilio guía al lector en la obra hasta el final en el que se muestra el efecto de la ceguera en los troyanos (Guillemin, A.M., Virgilio. Poeta, artista y pensador, ed. Paidós, Buenos Aires, 1968, p. 231).

- (9) Iliad. Exc. p. 583-4; Il. parv. Frag. 14, p. 597, Tzet. ad Lyc. 344 (Homeri Carmina et Cycli Epici Reliquiae, Paris, Didot, 1930); Hygin. Fab. 135, p. 270 en Aeschyli et Soph. Trag. et Frag., Didot, Paris, 1896.
- (10) Lamarre C., Histoire de la Littérature Latine au temps d'Auguste, t. 1, Paris, 1907, p. 405-6, Tarnassi J., Estudios Latinos, Inst. de Lit. Clás., Serie especial, vol. 1, Ccmi ed., Buenos Aires, 1939, p. 81.
- (11) En el mismo sentido cf. Eneid. ll, 329 "uictorque Sinon incendia miscet insultans". Sin embargo Suda atribuye Heroicas Tegamfas a Pisandro de Laranda del siglo III d.C. El punto de partida para la caída de Troya resultaría Arctino (Capello F., Historia de la Literatura Griega, 1, Bs. As., 1941, p. 98).
- (12) V. cita 9.
- (13) Libro II de La Eneida. Introducción, texto, notas y estilístico, Madrid, Toro, 1962, reseña p. Boira Bellostas P., Estudios Clásicos, Madrid, N° 38, p. 216.
- (14) "Quid quod et omne opus Vergilianum uelut de quodam Homericis operis speculo formatum est? (Macrobius, Saturnales V, ll, 13).